

El porvenir es largo

Louis Althusser - Ediciones Destino
Ancora y Delfin. Bs. As. 482 pags. 1993.

Toda autobiografía trae aparejada una confesión. **El porvenir es largo** no es infiel a esta tradición *-littérature du moi-*, si bien adquiere claros matices expiatorios.

Es extremadamente duro para quien conoce el valor y la solidez de la obra de Althusser enfrentarse a su conmovedor testimonio que da cuenta de los laberintos mas recónditos del alma humana. El autor de **Para leer El Capital** se despoja de la garantía que a uno le representa esconderse o ser reconocido sólo por su obra y su vida pública y se enfrenta a la pesada carga de sus recuerdos. Se desnaturaliza e intenta, como alguna vez lo hiciera Rousseau en sus **Confesiones**, mostrar al hombre con toda la verdad de su naturaleza, pero no sólo a través de lo que sus hechos, acciones y pensamiento atestiguan sino también mediante aquello que ha creído comprender, que ya no le pertenece y en lo que se ha convertido. Rousseau concebía su empresa como una tarea única y que no tendría imitadores. Quizás esto halla sido así. Pero la audacia de Althusser, de rastrear su propia vida en su yo mas íntimo se constituye también como una acción inaudita, única e irrepetible. Se teoriza por cierto malestar, por cierta desazón fren-

por Matias Bruera.



te a las experiencias absolutamente singulares que se nos resisten y nos impiden ser comprendidas. Teorizar es pues salirse de la experiencia singular para volver a ella armado de palabra y de representación. A esto apunta el intento de Althusser y es esto justamente, y el lugar desde el que toma la palabra lo que hace su testimonio trascendente.

No hay duda que en sí mismo representó a uno de los más polémicos y provocadores lectores de la obra de Marx y que con su "*sacudida estructural*" desempolvó su teoría de entre las cenizas mortecinas provocadas por la rigidez de sus sucesivas lecturas. Es consciente de esto y así lo expresa: "... *me apropie del marxismo como de mi propio patrimonio y me puse a pensar en él, ciertamente a mi manera, que ahora veo que no era completamente la de Marx.*" (pag.295). Pero tampoco la hay de que este testimonio desnuda sin pudores los fantasmas y temores de paradójicamente, uno de los teóricos más sólidos del siglo que se acaba. Detrás de la solidez estructural de sus planteos emerge con un pavor secreto e incontrastable el más irracional de los actos: el estrangulamiento de su mujer Helene, con la cual había convivido más de treinta años. Este hecho y la sucesiva declaración de ininputabilidad (no ha lugar) por parte de la justicia e internación en el Sanatorio de Sainte Anne, serán, por si fuera poco, los disparadores de sus agudas reflexiones. Ante esto, cualquiera podría aventurarse a relacionar el desenlace de la vida de los distintos pensadores estructuralistas (Poulantzas, por

dar otro ejemplo) en función de sus teorías, pero tal arriesgada relación sería emular el discurso de la prensa de la época que buscó en esos hechos una especie de revancha política contra el estructuralismo en particular y contra el marxismo en general, y se convierte en un hecho menor, no por ello menos llamativo, frente a la más clara ejemplificación de aquello que M. Foucault marcó como oscilación de la línea divisoria entre razón y locura. En realidad, con esta autobiografía Althusser intenta rastrear, y esto es lo que la hace genuina y reveladora, la razón de su locura en los recovecos inconscientes y a través de las marcas prefiguradoras que arrastra consigo desde el inicio de su vida.

Auscultar la memoria, vejar el recuerdo y someterlo a explicar[se] su acto condenatorio. Viviseccionar sus complejas relaciones familiares, sus traumáticos encuentros amorosos, sus pudores y sus miedos. No someterse a la acción aliciente del olvido, a los enfermizos ruidos del silencio, a la "*losa sepulcral*" del asilo manicomial, al mandamiento judicial de la desaparición en vida.

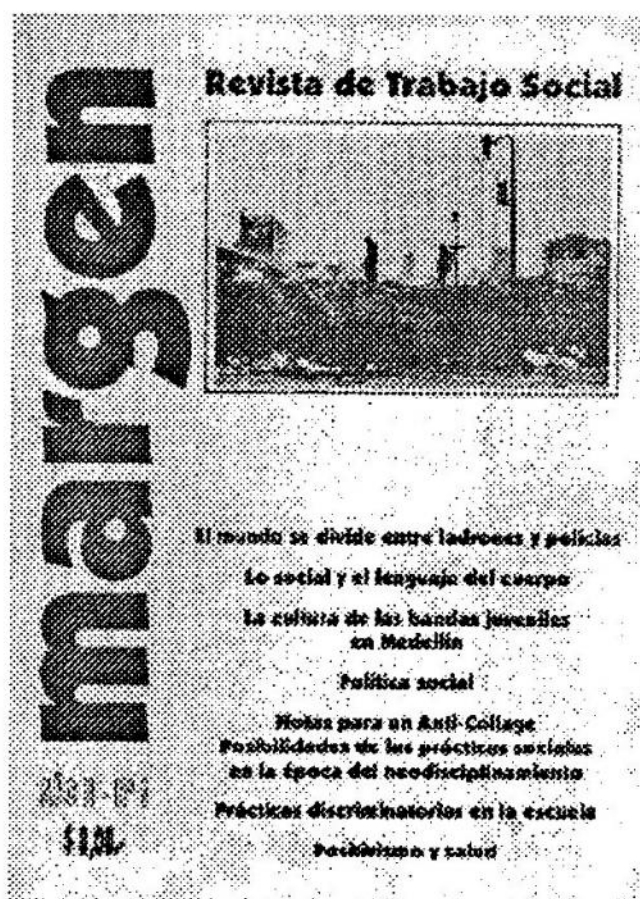
Parecería querer demostrar que su "*razón*" sigue en pie, y que no se resigna ante el diagnóstico. Y que, con el mismo rigor con que trata "*su locura*", da cuenta de su identidad: su ideología. Althusser sigue reconociéndose ante todo como filósofo: "*la filosofía es 'en última instancia' lucha de clases en la teoría*"(pag.225), como pensador político: "*intervenir en filosofía dentro de la política y en la política dentro de la filosofía*"(pag.263) y como hacedor de

“su” marxismo, del cual cree, que sobrevivirá en tanto “*inspiración materialista*”. Inspiración que le hace reivindicar, más allá de su enfrentamiento con el P.C. francés, ante el cual no se ahorra acusaciones (alineado sobre el deplorable ejemplo del ‘*socialismo real*’/degeneración soviética/ traicionador de la clase obrera/ contradictorio entre sus principios oficiales y sus prácticas efectivas), en la línea del pensamiento de Marx, que la única posible definición de comunismo es aquella que pretende “*la ausencia de relaciones mercantiles, y por tanto de relaciones de explotación de clase y de dominación de Estado*”(pág 301)

La razón de los vencidos? No, el compromiso y las convicciones resultan anacrónicas frente a la apatía y el eclecticismo reinante. Las pasiones, y más si son políticas, no tienen cabida en estos tiempos de escepticismo y asepeca. “*Cuando se tiene el valor de hablar en voz alta en el silencio del vacío, es fácil ser oído*” -dice Altusser- y quizás no se equivoque.

Escribir para reflexionar. Aunque los destinatarios de dicho testimonio sean sus lectores, uno tiene la sensación de que él lo hubiera escrito para sí mismo y no para los demás. Que pudiera, compartir con él el deshaogo del último punto, y retrotraerse en el tiempo y sentir

aquello que alguna vez expresó Goethe al terminar su Werther: “*Me sentí como despues de una confesión personal, y con derecho a una nueva vida*”. “*Escribir para no morir*” -agregaría Blanchot, recurso supremo frente al irrevocable poder de lo inevitable. Dejar testimonio de que por mas que el lenguaje se refleje sobre la línea de la muerte o de la “*locura*”- muerte en vida- es posible jugar con esos límites y volver de ellos armado de palabra



Tratamiento correctivo a dos niños acusados de robar comida. (Archivo Casasola, México, década del '20).

